



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA

"El Comisario político ha de observar la misma norma que el Capitán de un barco: Si la nave se hunde, él debe ser el último en retirarse."

Año I

5 de diciembre de 1936

Núm. 29

¡ESPAÑA ES NUESTRA!

Después del reconocimiento de la Junta de Burgos por el Gobierno nazi, éste ha puesto de manifiesto sin recato alguno las ilusiones que acariciaba con respecto a nuestro país. Una vez arrojada la máscara con que encubrió su actuación en la guerra desencadenada por los miserables generales facciosos, han salido a la luz pública noticias de singular interés, que reflejan la forma de proceder para con nosotros del fascismo internacional. Así hoy sabemos, por informaciones de fuente fidedigna, el proyecto elaborado por Hitler, con cuya realización España quedaría desmembrada y repartida como botín entre los países fascistas a cambio de la ayuda material y moral facilitada por éstos a los traidores españoles para la consecución de sus mezquinas apetencias personales. Según este proyecto, Alemania se apropiaría de las fuentes de riqueza españolas, con un derecho reconocido por los miembros de la Junta de Burgos; la industria alemana volvería a conocer épocas de esplendor, al participar en la reconstrucción de nuestro país. El problema del paro, que tan agudamente se deja sentir en Alemania, quedaría automáticamente resuelto enviando a España a todos los obreros cesantes, y, finalmente, la "protectora" Alemania se cuidaría de dotar bélicamente a su "colonia", facilitándole todos los instrumentos necesarios para que coadyuvase a la realización del plan guerrero preconizado por el morboso Ludendorff.

Los planes hitlerianos, como se ve, van encaminados a resolver las dificultades económicas que pesan sobre Alemania después de la nefasta gestión del nacional-socialismo, buscando así la atracción de fuertes núcleos de opinión que hoy torpedea, con los medios a su alcance, a la monstruosa dictadura parda, y también a la conquista de una base de extraordinaria importancia estratégica para el mejor desarrollo de sus proyectos guerreros.

Los traidores españoles han aceptado con satisfacción enorme esta distribución del suelo español. Es un pacto aceptado antes de que desencadenaran esta cruenta lucha, en la que se hundirá la España caduca de las prerrogativas irritantes. Esa soldadesca que reclama para sí el título de nacional, ha aceptado estas proposiciones sin sonrojo. Sus manos, manchadas por la sangre de sus crímenes, se han ensuciado también con el lodo de la indignidad. Venden a un malvado las riquezas de sus hermanos, y después, escondidos desde una esquina, intenta asesinarles.

Afortunadamente, el pueblo en armas destrozará todos sus planes y aventará las vanas ilusiones que acariciaron los rufianes y sus mantenedores. El pueblo español ha gritado muy fuerte su derecho a la posesión de España, y lo ha demostrado al mundo entero. ¡Traidores! Por si no habéis oído, sabed que España es nuestra. La hemos conquistado con nuestra abnegación y con nuestra sangre, y estamos dispuestos a defenderla de vuestras garras. Podéis recurrir a vuestros odiosos procedimientos; podéis hacer gala de vuestra ferocidad; pero España no será vuestra nunca.



BARDONIANO

¡NO DEJARÁ DE SERLO!

CONSEJOS A LOS MILICIANOS NORMAS DE HIGIENE

II

Cuando la fuerza está expuesta a los rigores del calor suelen darse casos de insolación, que se revelan por síntomas inconfundibles: mareos continuados, calor extremado en la cabeza, zumbido de oídos y sudores fríos. Conviene instalar al paciente, tan pronto como se adviertan los síntomas indicados, a un lugar fresco y de sombra (por ejemplo, al pie de un árbol, junto a un seto, detrás de un peñasco...), procurando que le dé bien el aire. Se le tumbará en posición decúbito supino, con la cabeza más alta que el tronco. Se le aflojarán las ropas, especialmente en el cuello y en la cintura; se le aplicará a la frente una compresa de agua fría; se le friccionará con alcohol el tórax, los brazos y las piernas. Finalmente se le suministrará agua fresca en dosis pequeñas y frecuentes. Si el caso presentara síntomas alarmantes de asfixia, se le practicará la respiración artificial.

De manera análoga se procederá en los casos de fatiga acentuada, cuyos síntomas son la palidez extrema, sudor abundante, respiración premiosa e irregular y decaimiento evidente.

En marchas muy ligeras, avances a paso gimnástico, etcétera, suelen darse casos de verdadera "sofocación". Su característica principal es la perturbación aguda de la función respiratoria, que produce un ansia angustiosa de aire. Se combatirá mediante el reposo y la respiración artificial. Se debe someter al enfermo a tratamiento tan pronto como se noten los síntomas apuntados, ya que son de temer ataques cardíacos que pueden ser fatales.

Tampoco son escasos los síncope. El enfermo presenta inmovilidad parecida a la de la muerte. Se le ro-

ciará el rostro con agua fría y se le aplicará a la nariz éter o alcohol. Se le darán fricciones de alcohol en el tórax y en las sienes, golpeándole, sin demasiada violencia, las manos. Si no reaccionara rápidamente, se procederá a hacer la respiración artificial. Tan pronto como la reacción comience, pero no antes, se le dará a beber al paciente agua en pequeños sorbos.

En los casos de ahogamiento o asfixia en el agua, se colocará al paciente tumbado, en forma análoga a la indicada para la insolación y la fatiga extrema. Se le limpiarán con un pañuelo la nariz y la boca y se le mantendrá ésta abierta, colocando entre los dientes cualquier objeto que le impida cerrarla, pero que no le pueda producir lesión alguna. Es una imprudencia seguir la arraigada costumbre de separar los dientes mediante un cuchillo. Si no reacciona-

ra muy pronto, se le hará la respiración artificial.

Expondremos o m e r a m e n t e (no obstante ser muy conocido el procedimiento) cómo se practica ésta. Se tiende al enfermo en el suelo, colocándonos inmediatamente detrás de su cabeza, de rodillas; le cogemos ambas muñecas, y presionando con ellas sobre las costillas inferiores le levantaremos los brazos y tiraremos de ellos hacia nosotros, hasta que queden a la misma altura que su cabeza, a uno y otro lado de ella, como prolongación del cuerpo y repetiremos el movimiento rítmicamente, según la frecuencia de nuestra propia respiración.

Si no obstante este tratamiento, el paciente no reaccionara, haremos tracción de su lengua, utilizando un pañuelo para sujetarla. Este movimiento habrá de repetirse también de manera rítmica.



MADRID

Por un momento ha parecido que el pueblo español se detenía para mirar al pueblo madrileño, en cuyas líneas de defensa habían acumulado los generales traidores todos sus efectivos y los que pudieron prestarles el fascismo internacional. Hoy, después de más de tres semanas de resistencia heroica, se ha demostrado que la consigna que brotó de los labios del pueblo en los primeros días de la subversión fascista, era algo más que una frase. Era un hecho, era la expresión de una voluntad indomable encarnada en la capital de la República. Día tras día, hora tras hora, nuestros heroicos combatientes han detenido los ataques de que fué objeto, asediando con sus brazos férreos golpes contundentes a los que intentaron invadir sus calles. Madrid, hoy como siempre, proclama su voluntad de vencer. Percatado del peligro que aun le amenaza; consciente de la responsabilidad de la misión que el Destino le ha encomendado, Madrid grita al mundo entero su seguridad del triunfo, su declaración de victoria rubricada por el heroísmo de sus hijos. El pueblo español puede confiar en la resistencia que nuestra capital ofrece a los facciosos; pero es necesario que todos, como un solo hombre y con la única voluntad de vencer, ataquen con vigor y entusiasmo al enemigo dondequiera que se encuentre.

Los Comisarios Pedro Yáñez Jiménez y Ramón García Rodríguez, el primero de los cuales actuaba como Comisario de Brigada y el segundo como Comisario de Batallón en la misma Brigada, han sido destituidos por ausentarse indebidamente de su localidad y por dejar en manos de otros lo que debían ser iniciativas suyas, sin tener en cuenta el prestigio del Comisariado y no saber ostentar la autoridad con que éste les revistió.

LA PROVOCACION

Por mucho que sea el cuidado tenido al constituir nuestro ejército, es indudable que en él se infiltraron elementos indeseables que se incorporaron a las milicias populares con el deliberado propósito de servir los intereses de los adversarios de la República. Muchos de esos individuos han sido ya eliminados en los cuatro meses de guerra; pero sería ingenuidad imperdonable pensar que han desaparecido por completo de nuestras filas.

El espionaje utiliza recursos de extraordinaria sagacidad. La gran guerra fué escuela de simuladores perfectos, prodigiosamente adaptados al ambiente en que, para el desempeño de su odiosa misión, tenían que vivir. Y si esto era posible en una contienda internacional, en la que los espías y los provocadores pertenecían a distintos países de aquel en que "trabajaban", más lo será en una guerra civil, cuando los dos bandos en lucha tienen—aunque en ocasiones no lo parezca—idéntica nacionalidad. Se hace más difícil descubrir a los enemigos cuanto más fácil es para ellos convivir con nosotros.

Es necesario proceder de manera que podamos estar seguros de no tener elementos indeseables entre los soldados, o que de haberlos, su actividad quede anulada, haciendo fracasar sus maniobras y protegiéndonos contra cualquier labor que pretendan desarrollar.

Cuando, en una acción determinada, se produce un movimiento de temor (retroceso sin orden, abandono arbitrario de una posición, retirada espontánea y desarticulada, etc.), cabe sospechar que la conducta de nuestros soldados, al parecer inexplicable, obedezca a manejos de provocadores mezclados con los compañeros para pro-

vocar el pánico y fomentar el más pequeño motivo de vacilación de los mismos.

Este problema reclama la mayor atención del comisario político. Hay casos que, por sus circunstancias, resultan llenos de enseñanzas provechosas: individuos débiles de carácter, asequibles a la sugestión y que no olvidarian sus deberes, faltan a ellos por el pernicioso influjo de los agentes provocadores, que procuran deprimir el ánimo de los menos decididos.

Con frecuencia, la actuación de estos agentes se ve favorecida por la ausencia de las medidas que podrían anular su tarea demoledora. Esas negligencias vienen a proporcionar a tan indeseables individuos medios y ocasiones incomparables; de este modo, inconscientemente, el comisario que descuida la labor que le está encomendada, se convierte en cómplice involuntario de los provocadores. Es, pues, de absoluta precisión que los comisarios adopten medidas encaminadas a deshacer los hábiles y funestos manejos de los desleales o traidores infiltrados en nuestras unidades de guerra.

Las orilladas y descuidos que más favorecen la actuación de provocadores y espías son: la falta de vigilancia; el mal funcionamiento de los enlaces y las deficiencias en los servicios auxiliares (suministro de víveres, distribución de armas y municiones, atenciones sanitarias, reparto de Prensa y correo, etcétera). De ellas, la falta de vigilancia es tal vez la que más peligros entraña, ya que permite incluso que los espías alcancen en nuestras filas puestos de confianza, poniendo en manos de los enemigos de la República datos y referencias de incalculable valor para ellos.

El perfecto espía sabe disimular su lamentable actuación, afectando entusiasmo y obediencia a los órdenes con muestras de alegre confianza. Es disciplinado, obediente al mando y no protesta personalmente de nada. Sabe que el secreto del éxito en su gestión es de importancia capital, y evita las manifestaciones que pudieran dar lugar a su separación de la unidad a la que pertenecen, medida que costaría por tierra todos sus planes.

Los comisarios deben, por lo tanto, profundizar lo bastante en el estudio de los soldados, para acertar a distinguir al buen militante de los que fingen serlo con miras de provocación o de espionaje.

Para impedir que nuestra Patria sea entregada a la barbarie fascista; para evitar que España sea despedazada por los generales traidores; para que tu mujer y tus hijos no sean vilmente asesinados es necesario que estés dispuesto a defender a la República; es preciso que sin desmayos ni vacilaciones luches hasta aniquilar a los representantes españoles del fascismo internacional y a las hordas mercenarias que les siguen.

En vuestras manos tenéis el futuro. El Destino os ha emplazado frente a dos caminos: la espuela y la justicia, la ignominia y la libertad. Si mantenéis vuestro coraje y seguís animados del mismo ardor combativo que hasta hoy os ha caracterizado, veréis pronto el comienzo de una vida más justa.



UNA VEZ MÁS

Una vez más la saña cobarde de nuestros enemigos se ha revelado en el hecho brutal de bombardear poblaciones abiertas, causando la muerte entre mujeres, ancianos y niños. Las calles de la capital se han ensangrentado de nuevo. Impotentes para forzar nuestras filas, exasperados por la resistencia heroica del Ejército popular, los traidores acuden a los bombardeos aéreos para desahogar su furor y dar satisfacción a su necesidad de desquite.

Cada vez que sufren un descalabro, cada vez que se ven precisados a retroceder, dejando en el campo de lucha multitud de bajas, los facciosos, que se titulan españoles, lanzan unos centenares de kilos de metralla sobre la pacífica población civil. Estas criminales "hazañas" nos indignan y centuplican en nosotros el anhelo del triunfo.

A cada hombre de nuestro Ejército le es posible contribuir a la evitación de tan lamentables atentados.

¿Cómo? Manteniéndose firmes en su puesto de lucha, atacando con brío cuando se le ordene, poniendo en el combate todo su entusiasmo, todo su valor. Cuando, por un desfallecimiento momentáneo, un soldado de nuestro Ejército sienta disminuir su brío, que recuerde a las mujeres y los niños muertos cobardemente por los piratas del aire en Madrid, en los pueblos granadinos, en diversos núcleos de población civil e indefensa... Que los recuerde y sentirá renacer su vigor, aumentar su entusiasmo; que lo recuerde y volverá a la lucha dispuesto a vengar a las víctimas inocentes.

He aquí un tema que no deben olvidar los comisarios políticos.

«El comisario político debe ser en todo momento el vigía contra los manejos del enemigo en nuestras propias filas, para prever y liquidar con energía, apoyándose siempre en las fuerzas de su unidad, toda tentativa de traición.»